

REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

MEMORIA DE VIA VENETO

La respuesta produjo cierto escándalo. —¿Qué es lo que más te impresionó de Roma? —Pues la plaza de San Pedro y una chiquita que vi en la esquina alta de Via Veneto, a la salida de Rosati —contesté. Sin embargo, un amigo me dijo: —Eres un pedante. ¿Por qué dices que lo que más te ha impresionado ha sido la plaza de San Pedro? —Chico, ¿qué quieres? había que decir algo así para que la gente creyese que uno no pasa por el extranjero sin hacer un poquito el Goethe; ya sabes cuáles son los gustos de la gente. Y por eso dije lo de la plaza de San Pedro que, en efecto, es muy hermosa, pero que, muchacho, viendo a aquella niña... Cuento esto para explicar más sencillamente que a mí me encantaba ver lo vivo de las ciudades y que preferí el bar recién inaugurado a las tabernitas muertas que vi en Pompeya. En Roma, por encima de cualquier otra belleza, más o menos inmortal, me llamaba la atención la Via Veneto, de cuya caducidad no se ocurre dudar ni un instante. «La calle más elegante del Mediterráneo», llamó a Via Veneto un correspondiente americano. Comienza —o acaba, vaya usted a saber— en la vieja Porta Pinciana, sobre villa Borghese, la casa de Paulina Bonaparte, la de las más bellas espaldas, y acaba —o empieza, vaya usted a saber— en Piazza Barberini. Al menos sí era en mi tiempo y calculo que las cosas, a pesar de su fugacidad, no habrán cambiado mucho. Desciende de Porta Pinciana a Piazza Barberini, amplia, señorial, llena de hoteles, de Ministerios, de palacios, de cafés y de tiendas de lujo. De curvas. Abajo tiene un túnel de árboles. En mi tiempo era el cuartel general de los soldados anglosajones con permiso; era su coto de caza, su cantimplora, su pradera de bailes rupestres, el poste en cuyo torno se danza cuando el hacha de guerra va a ser desenterrada: el sitio del «bugui-bugui», porque uno es tan viejo que en su agilidad juvenil coincidió con el bugui. La calle empieza —o empezaba, Dios mío?— en café y acaba en café, que es un bonito capicúa. También en cabaret: «La rupe Tarpeta», con el cubículo reservado del «Jicky». Allí está Emilio —¿estará aún?—, el mejor barman de Roma, y arriba, en Rosati, Valentino, su discípulo, el segundo primer barman de Roma. Valentino agita su coctelera a la sombra de César Augusto. César Augusto está allí —que no se haya ido, Señor— estatuario, junto al mostrador, y dando costadillo a la caja. Lleva típica senatorial y me parece que le faltan los brazos; quizás para evitarle tentaciones. A veces yo, fascista y todo, le pongo sobre su rizada e imperial testa un «borsalino» gris que vale un mundo. Bueno, le ponía; esto sí que es tiempo pasado, esto sí, esto ya caducó, esto ya no es, fué.

Estoy seguro de que la calle seguirá tan viva, tan hermosa, tan cordial, tan elegante y tan diversa como entonces, y me gustaría mucho decir que no me creo las murmuraciones más famosas que sobre Via Veneto han circulado, pero me temo que en buena parte sean ciertas, de modo que no hablaré de la «Dolce vita» y del chismero de Fellini. La verdad de toda calle, de toda ciudad, de todo pueblo, de toda historia, yace en el fondo, igual que al pie de Via Veneto hay una iglesia de capuchinos, creo que de capuchinos, y en la entraña de la iglesia hay una cripta hecha con calaveras mondas y lirondas y con huesos que sustentaron carne. Via Veneto era bonita en primavera, en verano, en otoño y en invierno y uno piensa en la incomparable dulzura de darse un garbeo por allí, cuesta abajo, por supuesto, que ya no está uno para cuestras arriba, y encontrar, quizá a la hija de aquella chiquita que uno vio en la esquina alta, a la salida de Rosati, y pensar que es la misma y así quitarse años.

R. OLIVAN

Carta de Alemania

Goebbe's era un gran comediante

Una hora diaria durante 20 años históricos, a este ritmo se escribió el documento excepcional que acaba de publicarse. Un enorme documento de siete mil páginas cuyo autor fué Joseph Goebbels. Por casualidad no quedó destruido cuando la entrada de los rusos en Berlín en 1945. La primera edición de este diario data de otoño de 1925 y la última pocos días antes del fin. Durante largo tiempo fué redactado de propia mano por Goebbels. Posteriormente lo dictaba a un rapidísimo taquígrafo a quien frecuentemente despertaba para dictarle por teléfono sus reflexiones nocturnas.

Unos soldados rusos encontraron estos siete mil páginas almacenados en el Ministerio de Propaganda de Berlín. No hubo tiempo de destruir el documento.

Se sabía desde mucho tiempo antes que el ministro de Propaganda del III Reich escribía un diario. Había publicado un volumen de memorias escrito tomando como base estas notas diarias. Goebbels estaba convencido de inestabilidad y valor histórico y literario de su diario y esperaba publicarlo una vez terminada la guerra. La editora del partido nacional socialista había querido adquirir los derechos por tres millones de marcos, pero Goebbels consideraba que esta cifra era «una miseria».

ODIO Y CINISMO

Lo primero que llama la atención en este texto es el odio y el cinismo del que fué una de las grandes figuras del régimen nacional-socialista. «Todos son unos canallas —escribe— comprendiéndome a mí. Goebbels a quienes los alemanes llamaban «la ametralladora parlante» estaba convencido de que la historia y las naciones se hacen sólo a fuerza de propaganda; poco importa por qué principios o por qué política. «La propaganda es el abanderado de las naciones. No es buena más que cuando conduce al éxito».

Este documento, aunque no contiene relaciones históricas sensacionales, aclara por el contrario muchas cosas sobre la psicología de Goebbels. Así se sabe que aquella saña que le impulsaba a vociferar como un poseído durante cuatro horas seguidas inflamando a sus auditores con una especie de fuego demoníaco, era la comprensión de un grave complejo de inferioridad producido por un pie deformado. Muy cuidadoso de su persona, corría a pesarse después de cada uno de sus discursos durante los cuales solía perder uno o dos kilos. Terminaba generalmente sus discursos con «diálogos con el pibilo».

SE VENDE LA LEGNE de 1600 ovejales, en pliego cerrado, para abrir el día 12, a las doce horas. Ver condiciones, en la Hermandad de Cullabás de Cerezo.

UNA FAMILIA DE PÁJAROS CUENTO PARA NIÑOS

POR JOSÉ MARIA GIRONELLA

La familia de pájaros estaba intriguada. La familia se componía de Papá Pájaro, de Mamá Pájaro y de cinco hijos, cinco pajaritos. Vivían en el aire, en el cielo, cerca de un pueblo en el que había un cementerio—cementerio muy pequeño, porque en dicho pueblo casi no moría nadie—, y un lago. A los pájaros les gustaba ver desde arriba, desde el aire, este lago, azul y redondo. Les parecía una O, o un ojo. Mamá Pájaro decía que el lago era un mar pequeño, un trocito redondo de mar que se había escapado y se había quedado allí, en el pueblo. Era una familia feliz. Sus siete miembros se pasaban los días jugueteando en el espacio o en las ramas de los árboles. A veces se sentaban en los hilos telegráficos, pero de repente ello les daba miedo, porque los hilos zumbaban y se ponían a temblar. «Huyamos, que los hombres están hablando dentro de estos hilos», advertía Papá Pájaro. Papá sabía que los hilos de telegrafo transmitían palabras de hombres que querían comunicarse de un pueblo a otro y también sabía que los hombres eran enemigos de los pájaros, como lo demostraba que, sobre todo los domingos, muchos de ellos, llamados cazadores, salían con escopetas al campo, dispuestos a matar. Un hecho intrigaba a la familia pajaril: desde hacía más de un mes, todos los días, a la misma hora, veían cruzar el cielo un pájaro enorme, gigantesco, el mayor que habían visto, de una especie distinta a la suya y que zombaba mucho. Parecía una ballena o un tiburón y volaba a una velocidad fantástica, aunque sin mover nuna-

ca las alas. No le importaba meterse entre las nubes, ni parecía sentir el frío. En la parte delantera, en el pico, llevaba una especie de ventilador que giraba vertiginosamente y que, si hacía sol, resplandecía como si fuera de oro. Ignoraban el nombre de este pájaro, de color gris. Varias veces habían intentado acercarse a él, pero el enroque se hacía más fuerte, como si quisiera asustarlos, y además el ventilador que tenía debía enviar ráfagas de aire tan potentes que los ahuyentaba, como lo haría un huracán. No, el gran pájaro no parecía muy sociable, ni dispuesto a entablar amistad. Debía de ser muy orgulloso y hasta llevaba una insignia en un costado. Tal vez fuera un rey de otros bosques no conocidos. ¡Si pudieran posarse en una de sus alas! Podrían viajar con él y de este modo saber a dónde iba cada día, a dónde se dirigía y por qué regresaba siempre a la misma hora. Pero era imposible intentarlo. Sólo en dos ocasiones, inesperadamente, apareció de noche en el cielo y les hizo un guiño amistoso, como si fuera un faro, un guiño con un ojo encarnado que tenía en la cola. Un día, la familia de pájaros se encontraba reunida en la copa de un pino, contenta porque se acercaba la primavera. El sol calentaba ya mucho y el pino se llamaba el de la Buena Suerte. Daban ganas de levantarse del nido, despejarse y dar unas volteretas por el aire. De pronto, apareció el pájaro gigante por el sitio de costumbre, pero avanzando muy despacio. ¿Qué ocurría? Papá Pájaro ordenó: «¡Quietos!» y al instante, pegando un aletazo, echó él a vo-



se al viajero y descubrió que dentro, en su interior, había hombres! Contó hasta veintidós. Hombres sentados a derecha e izquierda, en butacas de color verde, fumando, mascando chicle y leyendo periódicos. Algunos llevaban una manta en las rodillas. «Entonces comprendió! El pájaro gigante zombaba y se negaba a relacionarse con otros pájaros, porque era esclavo de los hombres, porque los hombres mandaban en él; los hombres idénticos a aquellos que cada domingo, salían para de este modo poder matarlos a todos de una descarga, sin piedad. «Hombres, malditos seas por los siglos de los siglos» Papá Pájaro y sus dos hijos supervivientes regresaron al bosque, al pino de la Buena Suerte, florando sin consuelo. Tanto lloraban, que se hubiese dicho que quienes lloraban eran los árboles. Tanto lloraban, que si el pequeño lago del pueblo hubiera recogido todas sus lágrimas, en pocas horas se hubiera convertido en mar. ¡Si por lo menos hubieran podido entrar a Mamá Pájaro y a los tres pequeños, entrarlos en el cementerio del pueblo! Pero una y otros habían quedado convertidos en ceniza, ya nada, en minúsculos recuerdos entre la hierba. Papá Pájaro y sus dos hijos supervivientes odiaron más, que nunca a los hombres y no sentían otra cosa que vengarse de ellos. Se burlaban, cuando alcanzaban a verlos en la ventana o sentados en la plaza del pueblo, fumando y leyendo el periódico. ¡Ni siquiera los niños, que a veces les ofrecían migas de pan, escapaban a su rencor! De tarde en tarde se acercaban a los hilos telegráficos dispuestos a morder el alambre, a comerse las traidercas palabras que los hombres intercambiaban entre sí. Pero los hilos eran duros, resistentes. No conseguían con ello sino dañarse el pico y la lengua. Fue en vano que los ancianos pájaros del bosque intentaran convencerlos de que aquello que se había caído era un avión, y de que la descarga se debió a la explosión del depósito de gasolina, explosión que había matado también a los veintidós hombres que viajaban dentro. Papá Pájaro y sus dos hijos colpitado por toda su familia, la gar-

La foto de hoy



Una estrella les guiaba... Y otra estrella —la buena estrella de los niños— les guía, año tras año, hasta millares de cacerías en las que el sueño está lúchua que te lúchua con la ilusión... Y millares de niños estrenan juguetes, que es como estrenar manos y ojos y asombros, en el punzante rebullido de su felicidad...

Millares de niños, millares de juguetes... El pequeño de la foto tiene un fondo de nuevos amigos —muñecos de trapo, titeres—, de leales amigos recién llegados al mundo de su parque de niño travieso que aun no sabe andar... Leales amigos, que irán muriendo uno tras otro, desgollados, destripados por las pequeñas, crueles manos que todo quieren saberlo... Uno tras otro, en la sucesión de secuencias de la vida del niño. Esa sucesión de secuencias que podría terminar, chaplinianamente, con un camino tendido que llevara a algo tan tremendo, tan extraño a la gracia infantil, como es la responsabilidad.

Claro que, hasta que la responsabilidad llegue, hasta que el niño esté unido al sí y al no, hay todavía un buen camino de Días de Reyes y de juguetes sin tocar... Un buen camino sin esos crueles ni fríos crueles, en la tibia dulcedumbre del duerme-vela infantil...

Peró —¡por favor!— no nos pongamos serios... Melchor, Gaspar y Baltasar han venido, y los niños tienen la obligación de jugar, de reír, de no saber que llegará un día en que la fantasía morirá, desgollada, destripada —como un muñeco de trapo— entre las atroces, terribles manos de la verdad.

FELIX ANTONIO

LA VOZ DE LA CALLE

—¿Y cuántos sois? —Entre niños y niñas, pasamos de los cuatrocientos cincuenta. —¿Qué regalos os suelen traer? —De todas las clases, pero abundan, sobre todo para los mayores, los regalos prácticos. —Eso sí que es emocionante. Si viera usted cómo les reciben. —¿Habéis pasado bien las Navidades? —Cada uno mejor. Y el día que tenemos salón de actos, donde quemamos todos... —¿Y a los pequeños? —De extremo a extremo de la ciudad. Ahora, en la Institución «Arzobispo Gandáguin», los Hermanos se multiplican estos días en atenciones para los muchachos. Son ya crecidos los chicos. Uno aparece a nuestros ojos con unas cuantas cartas. —¿Qué, para los Reyes? —No, señor, para nuestras familias. Les escribimos a menudo.

ran a visitarlo. Lo hemos montado nosotros, dirigidos por los Hermanos. —Bueno, muchacho, que haya suerte... Por las inmediaciones del Puente Colgante hubo ayer, por la tarde, su gran afluencia. Ahí es nada, una calabigata particular para los chicos del barrio. Partió del Instituto Psiquiátrico Provincial y recorrió varias calles, volviendo por la carretera de Salamanca a internarse en el Centro. Montaban los Reyes tristes corceles e iban precedidos de una gran escolta motorizada. Los chicos, se apiñaban en torno a los reales personajes para recoger zolinas que les tiraban al pasar. Una vez dentro del establecimiento, los internados recibieron con gran alborozo a los personajes, que puntualmente fueron entregando a cada uno de los enfermos su regalo. Un regalo personal y, además, a las mujeres una bolsa de dulces y a los hombres una cajetilla de tabaco. Feliz iniciativa del director, que proporcionó a los enfermos una grata jornada y sirvió para llenar de alegría las calles inmediatas al Instituto. Tenemos noticias de que en el Patronato de Nuestra Señora de los Desamparados han dado también muestras de su generosidad. También han visitado otros Centros benéficos, como el Hospital. Hoy por la tarde, llegarán hasta Viana de Ceza, para hacer entrega a los enfermos internados en el Sanatorio un sin fin de presentes, que con todo esmero han pedido para ellos las Jóvenes de A. C. de Valladolid. Sentimos que la falta de espacio no nos permita ser más extensos, dando puntual referencia de todos los Centros visitados. Valgan estas líneas de justificante a tanta generosidad. L. MARTINEZ DUQUE

ultima columna

Carla del Rey negro

Por este año al menos, quizás sea más interesante que escribir a los Reyes Magos, exponiéndoles nuestros deseos, leer y repensar bien estas cartas recientes que nos llegan del Africa cristiana. No son de un rey de este mundo, pero sí el entonces para un cristiano lo que de ella venga viene de un rey. El todo caso, el africano Agustín se dirige a los cristianos de su tiempo llamándoles «sus santidades», como hoy llamamos a Papa, y bien podemos entender que la carta de la que voy a extraer unos párrafos, nos viene de las manos regias de aquellos cristianos africanos pobres y atribulados, a quienes se plantea una serie de problemas en los que todos estamos comprometidos. Monseñor Donald R. Lamont, obispo de Umtali, en Rhodesia del Sur, ha sido quien, en el «Catholic Herald» de Londres, ha dado cuenta de unas cartas de cristianos de Africa que explican, por ejemplo, por qué tantos dirigentes que eran católicos se han separado e incluso opuesto a la Iglesia. Exigen una seria toma de conciencia de lo que está ocurriendo en Africa y en resumidas cuentas en todo el mundo y ante nuestros propios ojos; que este mundo se va desdiciendo porque fallamos cada día también los que nos llamamos cristianos. He aquí, pues, unos extractos de la carta «más provocadora» en términos de monseñor Lamont: «Como el cristianismo ha sido importado por los blancos, ningún antagonismo entre africanos y europeos podrá hacer distinción entre el odio hacia los blancos y el odio hacia el Cristianismo (...). Todas las organizaciones políticas africanas en Nyasalandia o en el Congo Belga o en Rhodesia del Sur comienzan a apuntar con el dedo a la Iglesia cristiana. Comienzan a dudar de la realidad del cristianismo». Es muy cómodo tachar a estas organizaciones de locura, pero si el Cristianismo en tanto que ideología y divina no ha tenido éxito en convencer a los pueblos que son cristianos desde hace dos famosos milenios, no puede ser tomado en serio. Si los comunistas no tienen ninguna dificultad en identificarse con los africanos, mientras que los cristianos no lo hacen, hay algo que cojea en el cristianismo. Los comunistas son materialistas, mientras que los cristianos aspiran a un destino divino, pero si, a pesar de esto, estos últimos no son capaces de abandonar sus aires de superioridad para decir en el nombre de Cristo: «he aquí mi hermano o mi hermana, sin mirar a su color», entonces es que no son gentes convencidas. Si estas cosas, concluye la carta, se dijeran sin haber habido provocación, serían blasfemias, pero como vienen de bocas irritadas y hambrientas, se las puede comprender. Y «muestre nuestro —comenta monseñor Lamont ante las líneas anteriores— es comprender a estos negros y ayudarlos eficazmente». Pero, sobre todo, reexaminar nuestra vida, nuestra civilización, nuestros criterios, pensamientos y acciones que desmenten tan fuertemente nuestras creencias que los negros comienzan a preguntarse si el cristianismo no es un puro cuento o un gran negocio. Y desgraciadamente casi no puede pensar otra cosa el estudiante que de Africa o Asia viene a Occidente soñando con encontrar aquí la famosa civilización cristiana. Muchos de ellos han perdido la fe y hasta han vuelto los ojos al comunismo. Y de este escándalo de que cuando un hombre sufre la injusticia o el hambre en vez de pensar en Cristo, piense y espere en Carlos Marx, sólo somos responsables nosotros. Olemos a orgullo, a dinero, a injusticias cometidas y renovadas con cuanto blanco, a fariseísmo en suma. Sin embargo, querido Rey negro, me temo que Occidente siga con su ridículo orgullo de ser lo más importante del mundo, me temo que sólo se acuerde de Cristo si se trata de escudarse tras El mucha santidad, me temo que el comunismo sepa jugar bien esa carta de la injusticia, que es una carta cristiana que nos han robado. Me temo que sigamos viviendo nuestro cristianismo de manera que parezca un cuento o un negocio. Me lo temo. Haz que me equivoque, Rey negro. Por esto te he puesto mis zapatos.

CUADRO DE DIOS

J. JIMENEZ LOZANO